

Capítulo 2: Matthew Cuthbert se sorprende

Matthew Cuthbert y la yegua alazana trotaron cómodamente las ocho millas hasta Bright River. Era un camino muy bonito, que discurría entre granjas acogedoras, de vez en cuando con un poco de bosque de abetos balsámicos para atravesar o una hondonada donde los ciruelos silvestres colgaban su floración vaporosa. El aire era dulce con el aliento de muchos huertos de manzanos y los prados se inclinaban en la distancia hacia nieblas de horizonte perla y púrpura; mientras que "Los pajarillos cantaban como si fuera el único día de verano en todo el año".

Matthew disfrutó del viaje a su manera, excepto en los momentos en que se encontraba con mujeres y tenía que saludarlas con la cabeza, ya que en la Isla del Príncipe Eduardo se supone que hay que saludar con la cabeza a todo el que te encuentras por el camino, tanto si lo conoces como si no.

Matthew temía a todas las mujeres excepto a Marilla y a la señora Rachel; tenía la incómoda sensación de que aquellas misteriosas criaturas se reían de él en secreto.

Puede que tuviera razón al pensar así, porque era un personaje de aspecto extraño, con una figura desgarrada y un largo cabello gris que le llegaba hasta los hombros encorvados, y una poblada y suave barba castaña que llevaba desde que tenía veinte años. De hecho, su aspecto a los veinte era muy parecido al que tenía a los sesenta, aunque le faltaba un poco de canicie.

Cuando llegó a Bright River no había señales de ningún tren; pensó que había llegado demasiado pronto, así que ató su caballo en el patio del pequeño hotel de Bright River y se dirigió a la estación. El largo andén estaba casi desierto; el único ser vivo a la vista era una muchacha sentada sobre un montón de tejas en el extremo. Matthew, apenas se percató de que se trataba de una muchacha, pasó a su lado lo más rápidamente posible, sin mirarla. Si la hubiera mirado, no habría dejado de notar la tensa rigidez y expectación de su actitud y expresión. Estaba allí sentada esperando algo o a alguien y, como sentarse y esperar era lo único que se podía hacer en aquel momento, se sentó y esperó con todas sus fuerzas.

Matthew encontró al jefe de estación cerrando la taquilla antes de irse a casa a cenar, y le preguntó si el tren de las cinco y media llegaría pronto.

"El tren de las cinco y media llegó y se fue hace media hora", contestó aquel enérgico funcionario. "Pero le han dejado un pasajero: una niña. Está sentada en el tejadillo. Le pedí que pasara a la sala de espera de señoras, pero me dijo con gravedad que prefería quedarse fuera. Había más espacio para la imaginación", dijo. Es un caso, diría yo".

"No espero una niña", dijo Matthew sin comprender. "He venido a buscar a un chico. Debería estar aquí. La Sra. Alexander Spencer me lo iba a traer de Nueva Escocia".

El jefe de estación silbó.

"Supongo que hay un error", dijo. "La Sra. Spencer bajó del tren con esa niña y me la entregó. Dijo que usted y su hermana la iban a adoptar de un asilo de huérfanos y que vendría a buscarla enseguida. Eso es todo lo que sé, y no tengo más huérfanos escondidos por aquí".

"No entiendo", dijo Matthew con impotencia, deseando que Marilla estuviera a mano para hacer frente a la situación.

"Bueno, será mejor que interrogues a la chica", dijo el jefe de estación con despreocupación. "Me atrevo a decir que ella podrá explicarlo; tiene lengua propia, eso es seguro. A lo mejor no les quedaban chicos de la marca que usted quería".

Se alejó alegremente, hambriento, y al desdichado Matthew le tocó hacer lo que le resultaba más difícil que barbear a un león en su guarida: acercarse a una chica, una chica extraña, una chica huérfana, y preguntarle por qué no era un chico. Matthew gimió en espíritu mientras se daba la vuelta y se arrastraba suavemente por el andén hacia ella.

Ella le había estado observando desde que había pasado junto a ella y ahora tenía los ojos puestos en él.

Matthew no la estaba mirando y no habría visto cómo era en realidad si lo hubiera hecho, pero un observador ordinario lo habría visto:

Una niña de unos once años, ataviada con un vestido muy corto, muy ajustado y muy feo de wincey gris amarillento. Llevaba un sombrero de marineró marrón descolorido y bajo el sombrero, extendiéndose por su espalda, había dos trenzas de pelo muy espeso y decididamente pelirrojo. Su rostro era pequeño, blanco y delgado, también muy pecoso; su boca era grande y también lo eran sus ojos, que parecían verdes en algunas luces y estados de ánimo y grises en otros.

Hasta aquí, el observador ordinario; un observador extraordinario podría haber visto que la barbilla era muy puntiaguda y pronunciada; que los grandes ojos estaban llenos de espíritu y vivacidad; que la boca era de labios dulces y expresivos; que la frente era amplia y llena; en resumen, nuestro perspicaz observador extraordinario podría haber llegado a la conclusión de que ningún alma vulgar habitaba el cuerpo de esta mujerniña extraviada de la que el tímido Matthew Cuthbert estaba tan ridículamente asustado.

Matthew, sin embargo, se libró de la prueba de hablar primero, porque tan pronto como ella se dio cuenta de que él se dirigía a ella, se puso de pie, agarrando con una mano delgada y marrón el asa de una raída y anticuada bolsa de alfombra; la otra se la tendió a él.

"Supongo que es usted el señor Matthew Cuthbert de Tejas Verdes", dijo con una voz peculiarmente clara y dulce. "Me alegro mucho de verle. Empezaba a temer que no vinieras a buscarme y me imaginaba todas las cosas que podrían haber ocurrido para impedirte".

Había decidido que si no venías a buscarme esta noche, bajaría por el camino hasta ese gran cerezo silvestre de la curva y me subiría a él para pasar la noche. No tendría ningún miedo, y sería precioso dormir en un cerezo silvestre todo blanco de flores a la luz de la luna, ¿no crees? Podrías imaginar que vives en salones de mármol, ¿verdad? Y estaba segura de que vendrías a buscarme por la mañana, si no lo hacías esta noche".

Matthew había cogido torpemente la escuálida manita entre las suyas; en ese momento decidió qué hacer. No podía decirle a aquella niña de ojos brillantes que se había equivocado; la llevaría a casa y dejaría que Marilla lo hiciera. De todos modos, no podía dejarla en Bright River, fuera cual fuese el error cometido, de modo que todas las preguntas y explicaciones podían aplazarse hasta que él estuviera a salvo en Tejas Verdes.

"Siento llegar tarde", dijo tímidamente. "Vamos. El caballo está en el patio. Dame tu bolsa".

"Oh, puedo llevarla", respondió alegremente el niño. "No pesa mucho. Llevo todos mis bienes terrenales dentro, pero no pesa. Y si no se lleva de una manera determinada, el asa se sale, así que mejor me la quedo porque sé cómo hacerlo. Es una bolsa de alfombra muy vieja. Oh, me alegro mucho de que hayas venido, aunque hubiera sido agradable dormir en un cerezo silvestre.

Tenemos que conducir un largo trecho, ¿no? La Sra. Spencer dijo que eran ocho millas. Me alegro porque me encanta conducir. Oh, parece tan maravilloso que vaya a vivir contigo y pertenecerte. Nunca he pertenecido a nadie, no realmente. Pero el manicomio era lo peor. Sólo estuve cuatro meses, pero fueron suficientes. Supongo que nunca has sido huérfana en un asilo, así que no puedes entender lo que es. Es peor que cualquier cosa que puedas imaginar. La Sra. Spencer dijo que era malvado por mi parte hablar así, pero no quería ser malvado. Es tan fácil ser malvada sin saberlo, ¿no? Eran buenos, la gente del asilo. Pero hay tan poco espacio para la imaginación en un asilo, sólo en los otros huérfanos. Era muy interesante imaginar cosas sobre ellos, imaginar que tal vez la chica que se sentaba a tu lado era realmente la hija de un conde con cinturón, que había sido robada a sus padres en su infancia por una cruel enfermera que murió antes de que pudiera confesar. Solía quedarme despierto por las noches e imaginar cosas así, porque no tenía tiempo durante el día. Supongo que por eso estoy tan delgada; estoy terriblemente delgada, ¿verdad? No tengo ni un pico en los huesos. Me encanta imaginar que soy bonita y rellenita, con hoyuelos en los codos".

Con esto la compañera de Matthew dejó de hablar, en parte porque estaba sin aliento y en parte porque habían llegado a la calesa. No dijo ni una palabra más hasta que salieron del pueblo y descendieron por una empinada colina, cuya parte del camino estaba tan profundamente excavada en el suelo blando que las orillas, bordeadas de cerezos silvestres en flor y esbeltos abedules blancos, estaban a varios metros por encima de sus cabezas.

La niña extendió la mano y arrancó una rama de ciruelo silvestre que rozó el lateral de la calesa.

"¿No es precioso? ¿En qué te ha hecho pensar ese árbol, asomado a la orilla, blanco y encaje?", preguntó.

"Bueno, no lo sé", dijo Matthew.

"En una novia, por supuesto, una novia toda de blanco con un precioso velo vaporoso. Nunca he visto una, pero puedo imaginarme cómo sería. Yo nunca espero ser una novia. Soy tan fea que nadie querrá casarse conmigo, a menos que sea un misionero extranjero. Supongo que un misionero extranjero no sería muy exigente. Pero espero tener algún día un vestido blanco. Ese es mi mayor ideal de felicidad terrenal. Me encanta la ropa bonita. Y nunca he tenido un vestido bonito en mi vida, que yo recuerde; pero, por supuesto, eso es lo que más espero, ¿no? Y entonces puedo imaginar que estoy vestida maravillosamente. Esta mañana, cuando salí del asilo, me sentí tan avergonzada porque tenía que llevar este horrible y viejo vestido. Todas las huérfanas tenían que llevarlos, ya sabes. Un comerciante de Hopeton donó el invierno pasado trescientas yardas de wincey al asilo.

Algunos decían que era porque no podía venderlo, pero yo preferiría creer que fue por la bondad de su corazón, ¿no crees? Cuando subimos al tren sentí como si todo el mundo me estuviera mirando y compadeciéndose de mí. Pero me puse manos a la obra y me imaginé que llevaba un vestido de seda azul pálido -porque cuando uno imagina, también puede imaginar algo que merezca la pena- y un gran sombrero lleno de flores y penachos, un reloj de oro, guantes de seda y botas. Me animé enseguida y disfruté de mi viaje a la isla con todas mis fuerzas. No me sentí nada mal al venir en el barco. Tampoco la señora Spencer, aunque generalmente lo está. Dijo que no había tenido tiempo de marearse, vigilando que yo no me cayera por la borda. Dijo que nunca me había visto por ahí merodeando. Pero si eso evitó que se mareara, fue una lástima que yo merodeara, ¿no? Y quería ver todo lo que se podía ver en ese barco, porque no sabía si volvería a tener otra oportunidad. ¡Oh, hay muchos más cerezos en flor! Esta isla es el lugar más florido. Ya me encanta, y estoy tan contenta de vivir aquí. Siempre había oído que la Isla del Príncipe Eduardo era el lugar más bonito del mundo, y solía imaginarme que vivía aquí, pero nunca pensé que lo haría. Es encantador cuando tus imaginaciones se hacen realidad, ¿verdad? Pero esas carreteras rojas son muy divertidas.

Cuando subimos al tren en Charlottetown y empezaron a pasar las carreteras rojas, le pregunté a la señora Spencer qué las hacía rojas y me dijo que no lo sabía y que, por piedad, no le hiciera más preguntas. Me dijo que ya le había hecho mil. Supongo que yo también, pero ¿cómo vas a enterarte de las cosas si no haces preguntas? ¿Y qué hace que las carreteras sean rojas?"

"Pues no lo sé", dijo Matthew.

"Bueno, ésa es una de las cosas que habrá que averiguar alguna vez. ¿No es maravilloso pensar en todas las cosas que hay por descubrir? Me hace sentir feliz de estar vivo, es un mundo tan interesante. No sería ni la mitad de interesante si lo supiéramos todo, ¿verdad? Entonces no habría lugar para la imaginación, ¿verdad? ¿Pero hablo demasiado? La gente siempre me dice que

sí. ¿Preferirías que no hablara? Si tú lo dices, paro. Puedo parar cuando me lo propongo, aunque es difícil".

Matthew, para su propia sorpresa, estaba disfrutando.

Como la mayoría de la gente tranquila, le gustaban las personas habladoras cuando estaban dispuestas a hablar ellas mismas y no esperaban que él cumpliera con su parte. Pero nunca había esperado disfrutar de la compañía de una niña. Las mujeres ya eran malas en conciencia, pero las niñas eran peores. Detestaba la manera que tenían de pasar a su lado tímidamente, con miradas de reojo, como si esperaran que se las tragara de un bocado si se atrevían a decir una palabra. Este era el tipo de niña bien educada de Avonlea. Pero esta bruja pecosa era muy diferente, y aunque a él le resultaba bastante difícil para su lenta inteligencia seguir el ritmo de sus enérgicos procesos mentales, pensó que "en cierto modo le gustaba su parloteo". Así que dijo tan tímidamente como de costumbre:

"Oh, puedes hablar todo lo que quieras. No me importa".

"Oh, me alegro mucho. Sé que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. Es un alivio poder hablar cuando uno quiere y que no te digan que a los niños hay que verlos y no oírlos. Eso me lo han dicho un millón de veces si una vez. Y la gente se ríe de mí porque uso grandes palabras. Pero si tienes grandes ideas tienes que usar grandes palabras para expresarlas, ¿no?".

"Bueno, eso parece razonable", dijo Matthew.

"La señora Spencer dijo que mi lengua debía de estar colgada por la mitad. Pero no lo está; está firmemente sujeta en un extremo. La señora Spencer dijo que tu casa se llamaba Tejas Verdes. Le pregunté todo al respecto. Y dijo que había árboles alrededor. Me alegré más que nunca. Me encantan los árboles. Y no había ninguno en todo el asilo, sólo unos pobres enanos en el frente con pequeñas cosas encaladas y enjauladas.

Aquellos árboles parecían huérfanos. Me daban ganas de llorar al mirarlos. Solía decirles: "¡Pobrecitos! Si estuvierais en un gran bosque con otros árboles a vuestro alrededor y musgos y campanillas creciendo sobre vuestras raíces y un arroyo no muy lejos y pájaros cantando en vuestras ramas, podríais crecer, ¿verdad? Pero donde estás no puedes. Sé exactamente cómo os sentís, arbolitos". Me dio pena dejarlos atrás esta mañana. Te encariñas tanto con cosas así, ¿verdad?

¿Hay algún arroyo cerca de Tejas Verdes? Olvidé preguntarle eso a la Sra. Spencer".

"Pues sí, hay uno justo debajo de la casa".

"¡Impresionante! Siempre ha sido uno de mis sueños vivir cerca de un arroyo. Aunque nunca esperé hacerlo. Los sueños no suelen hacerse realidad, ¿verdad? ¿No sería bonito que se

cumplieran? Pero ahora mismo me siento casi perfectamente feliz. No puedo sentirme exactamente feliz porque... bueno, ¿de qué color llamarías a esto?"

Acomodó una de sus largas y brillantes trenzas sobre su delgado hombro y la levantó ante los ojos de Matthew. Matthew no estaba acostumbrado a decidir sobre las tonalidades de las trenzas de las damas, pero en este caso no podía haber muchas dudas.

"Es rojo, ¿verdad?", dijo.

La muchacha dejó caer la trenza hacia atrás con un suspiro que parecía salirle de los dedos de los pies y exhalar todas las penas de los siglos.

"Sí, es roja", dijo resignada. "Ahora ves por qué no puedo ser perfectamente feliz. Nadie podría serlo si fuera pelirroja. No me importan tanto las otras cosas: las pecas, los ojos verdes y mi delgadez. Puedo imaginármelos. Puedo imaginar que tengo una hermosa tez de hoja de rosa y unos encantadores ojos violeta estrellados. Pero no puedo imaginarme ese pelo rojo.

Hago lo que puedo. Pienso: "Ahora mi pelo es de un negro glorioso, negro como el ala de un cuervo". Pero todo el tiempo sé que es simplemente rojo, y eso me rompe el corazón. Será mi pena de por vida. Una vez leí en una novela sobre una chica que tenía una pena de por vida, pero no era pelirroja. Su cabello era oro puro ondulando desde su frente de alabastro. ¿Qué es una frente de alabastro?

Nunca pude averiguarlo. ¿Puedes decírmelo?"

"Bueno, me temo que no puedo", dijo Matthew, que se estaba mareando un poco. Se sentía como se había sentido una vez en su temeraria juventud, cuando otro chico le había tentado en el tióvivo de un picnic.

"Bueno, fuera lo que fuera debía de ser algo agradable porque ella era divinamente hermosa. ¿Alguna vez has imaginado lo que se debe sentir al ser divinamente hermosa?"

"Bueno, no, no lo he hecho", confesó Matthew ingenuamente.

"Yo sí, a menudo. ¿Qué preferirías ser si pudieras elegir: divinamente bello, deslumbrantemente inteligente o angelicalmente bueno?"

"Bueno, no lo sé exactamente".

"Yo tampoco. Nunca me decido. Pero no hay mucha diferencia, porque no es probable que yo llegue a ser ninguna de las dos cosas. Es seguro que nunca seré angelicalmente buena. La Sra. Spencer dice... ¡Oh, Sr. Cuthbert! ¡Oh, Sr. Cuthbert! ¡Oh, Sr. Cuthbert!"

No era eso lo que había dicho la señora Spencer; ni el niño había salido dando tumbos de la calesa ni Matthew había hecho nada asombroso. Simplemente habían doblado una curva de la carretera y se encontraban en la "Avenida".

La "Avenida", así llamada por la gente de Newbridge, era un tramo de carretera de cuatrocientos o quinientos metros de largo, completamente rodeado de enormes manzanos, plantados años atrás por un viejo y excéntrico granjero. Por encima había un largo dosel de néveas y fragantes flores. Debajo de las ramas, el aire estaba lleno de un crepúsculo púrpura y, a lo lejos, un atisbo de cielo pintado al atardecer brillaba como un gran rosetón al final del pasillo de una catedral.

Su belleza pareció dejar muda a la niña. Se recostó en la calesa, con las finas manos entrelazadas y el rostro extasiado ante el blanco esplendor de lo alto. Ni siquiera se movió ni habló cuando ya se habían alejado y descendían por la larga pendiente hacia Newbridge. Aún con el rostro extasiado, contemplaba a lo lejos el atardecer del oeste, con ojos que veían visiones recorriendo espléndidamente aquel fondo resplandeciente. Atravesaron Newbridge, un pueblecito bullicioso donde los perros les ladraban, los niños ululaban y los rostros curiosos se asomaban a las ventanas. Cuando habían dejado atrás otras tres millas, la niña no había hablado. Podía guardar silencio, era evidente, con tanta energía como podía hablar.

"Supongo que estás muy cansada y hambrienta", aventuró Matthew al fin, explicando su larga visita de mudez con la única razón que se le ocurrió. "Pero ahora no tenemos que ir muy lejos, sólo una milla más".

Ella salió de su ensoñación con un profundo suspiro y lo miró con la mirada soñadora de un alma que se ha estado preguntando a lo lejos, estrellada.

"Oh, señor Cuthbert", susurró, "ese lugar por el que pasamos, ese lugar blanco, ¿qué era?".

"Bueno, debes referirte a la Avenida", dijo Matthew después de unos momentos de profunda reflexión. "Es un lugar muy bonito".

"¿Bonito? Oh, bonito no parece la palabra adecuada. Ni tampoco bonito. No van lo suficientemente lejos. Fue maravilloso, maravilloso. Es la primera cosa que he visto que no puede mejorarse con la imaginación. Simplemente me satisfizo aquí -se puso una mano en el pecho-, me produjo un dolor extraño y divertido, y sin embargo fue un dolor agradable. ¿Alguna vez tuvo un dolor así, Sr. Cuthbert?"

"Bueno, no recuerdo haberlo tenido nunca."

"Yo lo tengo muchas veces... siempre que veo algo realmente hermoso. Pero no deberían llamar a ese hermoso lugar la Avenida. Un nombre así no tiene sentido. Deberían llamarla -déjame verla Vía Blanca del Deleite. ¿No es un nombre imaginativo? Cuando no me gusta el nombre de un lugar o de una persona siempre imagino uno nuevo y siempre pienso así de ellos. Había una chica en el asilo que se llamaba Hepzibah Jenkins, pero yo siempre me la imaginaba como Rosalia De Vere.

Otras personas pueden llamar a ese lugar la Avenida, pero yo siempre lo llamaré la Vía Blanca del Deleite.

¿Realmente sólo nos queda otra milla antes de llegar a casa? Me alegro y lo siento. Lo lamento porque este viaje ha sido muy agradable y siempre lamento cuando las cosas agradables terminan. Algo aún más agradable puede venir después, pero nunca se puede estar seguro.

Y es tan a menudo el caso que no es más agradable. Esa ha sido mi experiencia de todos modos. Pero me alegra pensar en volver a casa. Nunca he tenido un verdadero hogar desde que tengo memoria. Me da ese agradable dolor de nuevo sólo pensar en llegar a un verdadero hogar. Oh, ¡qué bonito!"

Habían pasado por la cresta de una colina. Debajo de ellos había un estanque que parecía casi un río, de tan largo y sinuoso que era. Un puente lo cruzaba por la mitad y desde allí hasta su extremo inferior, donde un cinturón de colinas arenosas de color ámbar lo separaba del golfo azul oscuro que había más allá, el agua era una gloria de muchos matices cambiantes: las tonalidades más espirituales del azafrán y el rosa y el verde etéreo, con otros tintes evasivos para los que nunca se ha encontrado nombre. Por encima del puente, el estanque se adentraba en las arboledas de abetos y arces y quedaba todo oscuramente translúcido en sus vacilantes sombras. Aquí y allá, un ciruelo silvestre se asomaba a la orilla como una muchacha vestida de blanco que se acercara de puntillas a su propio reflejo.

De la marisma, en la cabecera del estanque, llegaba el coro claro y lúgubrememente dulce de las ranas. Había una casita gris asomando alrededor de un manzanar blanco en una ladera más allá y, aunque aún no había oscurecido del todo, una luz brillaba desde una de sus ventanas.

"Es el estanque de Barry", dijo Matthew.

"Oh, a mí tampoco me gusta ese nombre. Lo llamaré -déjame ver -el Lago de las Aguas Brillantes. Sí, ése es el nombre correcto. Lo sé por la emoción. Cuando doy con un nombre que encaja exactamente, me emociono.

¿Alguna vez te emocionan las cosas?". reflexionó Matthew.

"Bueno, ahora sí. Siempre me emociona ver esas feas larvas blancas que se meten en los parterres de pepinos.

Odio su aspecto".

"Oh, no creo que pueda ser exactamente el mismo tipo de emoción. ¿Crees que puede? No parece haber mucha relación entre los pepinos y los lagos de aguas brillantes, ¿verdad? Pero, ¿por qué los demás lo llaman el estanque de Barry?"

"Supongo que porque el señor Barry vive allí, en esa casa. Orchard Slope es el nombre de su casa. Si no fuera por ese gran arbusto que hay detrás se podría ver Tejas Verdes desde aquí. Pero tenemos que pasar el puente y rodear la carretera, así que está casi media milla más lejos."

"¿Tiene el Sr. Barry niñas pequeñas? Bueno, tampoco muy pequeñas, más o menos de mi tamaño".

"Tiene una de unos once años. Se llama Diana".

"¡Oh!" con un largo suspiro. "¡Qué nombre más bonito!"

"Bueno, no sé. Me parece que tiene algo terriblemente pagano. Preferiría Jane o Mary o algún nombre sensato como ese. Pero cuando Diana nació había un maestro de escuela internado allí y le dieron el nombre de ella y él la llamó Diana".

"Ojalá hubiera habido un maestro así cuando yo nací".

Oh, aquí estamos en el puente. Voy a cerrar bien los ojos. Siempre me da miedo pasar por un puente. No puedo evitar imaginarme que, tal vez, justo cuando lleguemos a la mitad, se arrugue como una navaja y nos pellizque. Así que cierro los ojos. Pero siempre tengo que abrirlos cuando creo que nos acercamos a la mitad.

Porque, verás, si el puente se arrugara, me gustaría verlo arrugarse. ¡Qué alegre estruendo hace! Siempre gusten en este mundo? Ya está, hemos terminado. Ahora miraré hacia atrás. Buenas noches, querido Lago de las Aguas Brillantes. Siempre le digo buenas noches a las cosas que amo, igual que a la gente. Creo que les gusta. Esa agua parece como si me sonriera".

Cuando hubieron subido la colina y doblado la esquina,

Matthew dijo:

"Ya estamos cerca de casa. Eso de ahí es Tejas Verdes..."

"Oh, no me digas", interrumpió ella sin aliento, agarrándose a su brazo parcialmente levantado y cerrando los ojos para no ver su gesto. "Déjame adivinar.

Estoy segura de que acertaré".

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaban en la cima de una colina. Hacía tiempo que el sol se había puesto, pero el paisaje seguía siendo claro a la suave luz del atardecer. Hacia el oeste, una oscura aguja de iglesia se alzaba contra un cielo color de caléndula. Abajo había un pequeño valle y, más allá, una larga ladera que ascendía suavemente, con acogedoras granjas diseminadas a lo largo de ella. Los ojos de la niña iban de una a otra, ansiosos y melancólicos. Por fin se detuvieron en una a la izquierda, lejos de la carretera, tenuemente blanca por los árboles en flor en el crepúsculo de los bosques circundantes.

Sobre él, en el cielo inoxidable del sudoeste, una gran estrella blanca como el cristal brillaba como una lámpara de guía y promesa.

"Es ésa, ¿verdad?", dijo señalando.

Matthew golpeó con alegría las riendas del alazán.

"¡Vaya, lo has adivinado! Pero creo que la señora

Spencer lo describió para que lo supieras".

"No, no lo hizo, realmente no lo hizo. Todo lo que dijo podría haber sido sobre la mayoría de esos otros lugares. No tenía ni idea de cómo era. Pero en cuanto lo vi, sentí que era mi hogar. Oh, parece como si estuviera en un sueño. Sabes, mi brazo debe estar negro y azul del codo para arriba, porque me he pellizcado muchas veces hoy. Cada poco tiempo me invadía una horrible sensación de náusea y temía que todo fuera un sueño.

Entonces me pellizcaba para ver si era real, hasta que de pronto recordé que, aun suponiendo que sólo fuera un sueño, era mejor seguir soñando todo lo que pudiera, y dejé de pellizcarme. Pero es real y ya casi estamos en casa".

Con un suspiro de éxtasis se sumió en el silencio. Matthew se removió inquieto. Se alegró de que fuera Marilla y no él quien tuviera que decirle a aquella niña abandonada que el hogar que anhelaba no iba a ser suyo después de todo. Atravesaron Lynde's Hollow, donde ya había oscurecido bastante, pero no tanto como para que la señora Rachel no pudiera verlos desde la ventana, y subieron la colina hasta el largo camino de Tejas Verdes. Cuando llegaron a la casa, Matthew se encogía ante la revelación que se acercaba con una energía que no comprendía. No pensaba en Marilla ni en sí mismo, ni en los problemas que probablemente les causarían aquel error, sino en la decepción de la niña. Cuando pensó en aquella luz embelesada que se apagaba en sus ojos, tuvo la incómoda sensación de que iba a ayudar a matar algo, la misma sensación que le invadía cuando tenía que matar un cordero o un ternero o cualquier otra criaturita inocente.

El patio estaba bastante oscuro cuando entraron en él y las hojas de los álamos crujían sedosamente a su alrededor.

"Escucha cómo hablan los árboles mientras duermen", susurró ella mientras él la levantaba hasta el suelo.

"¡Qué sueños tan bonitos deben de tener!"

Luego, agarrando con fuerza la bolsa que contenía "todos sus bienes terrenales", le siguió al interior de la casa.